

PABLO POSADA, LA SONRISA, LA EXAGERACIÓN

Miguel GARCÍA-BARÓ

La tarde del 12 de setiembre va a quedar para siempre unida a la desdicha y a lo incomprensible y a lo que devora el sentido de las cosas. No podré olvidar el cuarto de hotel en Barcelona, arriba, en las calles elegantes y los palacetes de San Gervasi y la Bonanova, cuando la insistencia de los teléfonos me hizo reaccionar. Venía de amigos y llegué tarde al funeral del hijo de uno de ellos: el tráfico de Barcelona saliendo de fiesta tuvo la culpa. Santa María del Mar resultaba inaccesible, al otro lado de la muchedumbre que subía de la playa o se aireaba en el Raval y las Ramblas. Como es su costumbre, la naturaleza brillaba de belleza y satisfacción de sí misma, sin hacer el menor caso a las gentes allá abajo.

La noche de insomnio me obligaba a pensar en el enorme auditorio de chavales recién llegados a la Universidad La Salle que tenían el deber escolar de oírme a la mañana siguiente. Hablaría yo de cosas que ellos, en el fondo, no podrían comprender, porque les llegarían envueltas en la experiencia de una vida que mira ya al final y que ahora, en aquella oscuridad -luna apenas creciente-, se cubría de tristeza y de preguntas nuevas, insospechadas. No me había aún planteado en serio ciertas posibilidades y, naturalmente, me vencían. Había sospechado alguna recaída de Pablo en sus males y sus fantasmas imprevisibles, pero no sabía qué hacer ni con la forma de su muerte ni con el dolor de Julie. Imaginaba a Julie y no podía imaginar nada de Pablo. Acudía bobamente a la conciencia la distinción entre fantasía e imaginación que valoraban tanto Marc Richir y Pablo y que había estado en el centro de las últimas tardes de seminario en el viejo espacio de la Complutense donde me había yo iniciado a la vida dialéctica de la universidad casi medio siglo antes. La imaginación mía habitaba esa noche cierto sótano próximo a la bella y húmeda Toulouse, pero no llegaba más allá. La fantasía no me servía de nada. Es una extraña oración la que se hace más en otro que en uno mismo, inmensamente sorprendido por la indiferencia de las cosas en torno.

Pablo es la generosidad sin límites. Literalmente sin límites, aunque no quepa concebir una cosa así, cuya mera idea me agota por completo. Pablo es generoso incluso sobre asuntos en los que se diría que no entiende nada: si hay cerca un colega medievalista, pronto recibirá libros, catálogos, consejos,

sugerencias y, también, peticiones. Este colega tendrá que ponerse a trabajar al nivel altísimo, el único decoroso, que Pablo reconoce; o dejará en absoluto de ser un compañero filósofo.

Es una generosidad que exige, como es lógico, como es de la esencia de la generosidad. Cuando nos conocimos, hará cerca de treinta años, Pablo llamaba al timbre de mi puerta a las 6:30 -ante meridiem, claro- y salíamos a andar tres o cuatro kilómetros discutiendo de filosofía, porque solo se debe hablar de filosofía y porque, para hacerlo con decencia, hay que exagerar. “¡Exageremos, Miguel!” De noche por Bravo Murillo -la noche tapa la estupenda fealdad de la calle, de sus casas, de sus callecitas laterales, de sus coches y, los lunes, de sus borrachos y sus putas-, más o menos hambrientos y con necesidad de mucho café, exagerábamos. Lo hacíamos en tal medida que olvidé la materia. Probablemente la exageración de cualquier madrugón próximo se parecería muchísimo al de unos días antes. En principio, los presocráticos, que andaba yo explicando en el primer cuatrimestre, daban pábulo a aquella fiesta de otoño. Hace dos días encontré a un alumno de entonces que se me quejaba de que no entendía nadie qué era aquello de la *Moirá* -porque Homero es el primer presocrático, claro-. Mejor dicho, la *Aisa*, que aún es más secreta.

Declarábamos a Empédocles el primero de lo fenomenólogos, porque al fuego se lo conoce con el fuego, pero al agua, con el agua. ¡Abajo Descartes! Aunque solo en este sentido: abajo el pitagorismo. Doy palabras de ahora a la vieja calle tan sórdida y a la exageración que por ahí todavía hoy se cierne. Yo me preparaba a enseñar en Colombia que Michel Henry es un avatar de Epicuro... Aborrecíamos en común a Aristóteles y a Heidegger. Ya comprenderéis lo fácil que en este terreno del aborrecimiento es exagerar sin exagerar. En idealismos, claro que preferíamos a Fichte. Hegel era terra ignota bastante adrede, y Schelling, bastante no adrede. Admirábamos a Kant, ese gran pensador trágico. Yo trataría de introducir a Pablo en el tiempo sin sistema de Rosenzweig, al que había traducido recientemente. Todo venía siempre a parar a Husserl, nuestra admiración y nuestro tedio, según los climas. Al menos entonces preferíamos la obra que publicó el mismo Husserl, pero Pablo estaba enloquecido con los complementos de Fink en aquellos dos volúmenes suntuosos de la Sexta Meditación Cartesiana. Atribuidme a mí las errancias de la memoria y los errores de la incipiente filosofía del exceso y la madrugada. Los largos años en que nos separamos Pablo y yo no han dado espacio para que retomemos acuerdos y desafueros de principios de siglo.

Pablo tenía un proyecto envidiable, tan sensato que temía yo que fuera más mío que suyo: nunca llegar a ser una persona adulta. Me parece que el *Se del Dasein* se traducía así en aquella época: Una Persona Adulta. La frontera podía muy bien ser el escribir una tesis, el pasar tiempo y más tiempo leyendo trabajos escolares de alumnos... Pero poco más. Yo le recordaba aquella tontería más antigua, aunque recientemente oída de labios de Gadamer una tarde en que en Alemania celebraba a Kant con una modesta conferencia cuyo título empezaba diciendo que allí y en aquel momento empezaba una época de la historia mundial. La tontería en cuestión era eso de que no deben tomarlo a uno por alguien que lee libros que tengan menos de cincuenta años de antigüedad. Sin embargo, lo que a mí me irritaba de Gadamer era, en realidad, que presumiera de conocer mejor a los griegos que nadie viviente. Pero era verdad que disimulábamos cuando leíamos libros por la pura necesidad de estar al tanto: los libros de mi biblioteca defensiva y caduciforme, como los he llamado siempre, hayan o no caído por ahí. Husserl o Husserl, y luego ya Platón, Kant y los españoles -aunque teníamos reservas con Ortega que no nos confesábamos por mera delicadeza familiar; parece que Pablo se había desprendido de ellas más que yo en los últimos tiempos-.

La Tercera Investigación Lógica, que había sido ya para Agustín Serrano el tema central de su tesis, ocupaba en Pablo un lugar creciente. Ahora disponíamos del texto de 1900 y, de hecho, fue sobre ese lugar capital de Husserl y sobre los paralelos de la *Deskriptive Psychologie* de Brentano -casi recién publicada por Chisholm- como trabamos nuestra amistad en la sala de la biblioteca del Instituto de Filosofía del CSIC, en los Altos del Hipódromo, claro. Esto creo que es dato legítimo de mi memoria, que aquí salta la barrera de la sagrada manía que nos acometía con frecuencia leyendo las páginas más áridas de nuestro maestro Husserl.

Pablo adoptó desde entonces la perspectiva de que la fenomenología pura -si la llamamos trascendental, que sea a sabiendas de que para nada es un modo de kantismo- es la *prima philosophia*, pero también la *prima sapientia*. Es ella la que está siempre llamada a perturbar las seguridades de cualquier presunt(uso)o saber. Como lo sostiene Funke, como lo reitera la maravillosa introducción a *Ideas I* y a todo el Anuario que Husserl fundó. Mucha otra gente lo dice, pero parece hacerlo en escasa medida. De ahí parte la admiración inmensa por Richir, hombre más apropiado para la adolescencia tardía y el cese de una parte de los entusiasmos antiguos en Madrid. El papel decisivo de las instituciones y la prosa no siempre no digerible de Richir me pusieron desde el inicio barreras que han permanecido.

No es objeto de un recuerdo como este el análisis del papel de la mereología en las investigaciones más avanzadas de Pablo y, sobre todo, en su tesis doctoral, tan demorada, tan brillante y dura -tan poco acogida por algún catedrático de la Sorbona-. Ante el enigma fundamental de la compenetración intersubjetiva, que ha ido centrando mi propio avance -a otra velocidad-, Pablo insistió la última vez que nos vimos -pantalla mediante- en que también existen textos de Husserl sobre una determinada manera de concrecencia que serían muy iluminadores de lo que yo abordo más en las páginas de Jaspers o de Marcel o de Kierkegaard o de Levinas o de Henry. Veremos si una madrugada no paso yo a aceptar esa concrecencia que solo en la sonrisa total, abiertísima y sumamente seria, de Pablo creo que se me haría accesible. ¡Ay, tendríamos que haber fijado la vista en Platón mucho más larga y cálidamente!

La imagen de ese sótano no quiere decir nada. El dolor ha sobrepasado los límites. Este mundo humano rechaza a gente que sonríe, habla y enseña como Pablo y que nos trae a todos las manos llenas de regalos a los que no sabemos corresponder.